

Globethics Repository



Cristianismo y futuro [Christianity and future]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Romero, Daniel
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-16 22:56:52
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224310

CRISTIANISMO Y FUTURO

Daniel Romero

(Reflexión teológica sobre la relación entre el hecho de ser cristiano y la construcción de un futuro humano)

Justificación del tema

1.—Teología e historia

INMERSOS en una cultura de tipo grecolatino no es anormal que a nosotros «doctrina» —y la teología es una doctrina— nos sune a abstracción, a principios, a ideas generales. Y vamos a la historia sólo para ver cómo la experiencia humana da la razón con cierta constancia a determinadas ideas o verdades abstractas.

Para el hombre de la Biblia la verdad es la misma historia, en la historia se descubre. Baste recordar que la raíz hebrea de «verdad» es la misma que la de «fidelidad»: una virtud de tipo histórico que evoca la autoconformación en la propia manifestación personal, pudiendo significar la educación tanto entre la palabra y el comportamiento como entre los distintos momentos de un comportamiento histórico.

Cuando, en la sucesión de hechos humanos, se puede comprobar que el presente con respecto al pasado tiene una trabazón interna (p. e., el cumplimiento de una promesa), un sentido que abre también el futuro, se nos está entonces descubriendo una historia verdadera: una sucesión de hechos con sentido. ¿Y qué es la verdad sino el sentido auténtico de las cosas? Para el pueblo de la Biblia, sea el antiguo o el nuevo, lo que da sentido a los hechos, entretejiéndolos, es el plan, el designio de Dios

que se nos ha manifestado totalmente en Cristo. Por eso, hablando en cristiano, sería inútil una doctrina que no fuera estudio y comprensión de la historia. En ella, por la Palabra, el plan de Dios emerge.

2.—Los cristianos de hoy y el futuro

De ahí, pues, que el futuro para los cristianos no puede ser ni un lujo de previsión ni una táctica oportunista; el futuro es, en cierto sentido, nuestra razón de ser. Pero con frecuencia en nuestra Iglesia damos impresión de lo contrario: parecemos más aferrados a la seguridad de un pasado ya resuelto que al riesgo de un futuro inseguro, se nos acusa no raras veces de ir intentando alcanzar —y apropiarnos— una historia que surgió sin nosotros, cuando no con nuestra oposición.

Por esta doble razón es necesario y urgente verter nuestra reflexión sobre la relación entre el hecho de ser cristiano y la construcción de un futuro humano.

Plan de reflexión

Nuestra reflexión va a constar de tres partes cuyo esquema vamos a razonar en apretado conjunto:

Parte 1.^a

En ella tendremos que responder a esta pregunta elemental: ¿qué tiene que decir el cristianismo sobre el futuro humano? Y el cristianismo tiene que decir:

1. Dios nos revela su plan sobre el hombre
2. pero ese plan se muestra maltratado por esta realidad que llamamos «pecado»
3. ese plan maltrecho Dios lo rehace y lo supera (nos salva) en Jesucristo. En Él, por tanto, se nos revela cuál será el futuro auténtico del hombre; Jesucristo es nuestro futuro.

Parte 2.^a

Pero Jesucristo es un hombre concreto, limitado y su humanidad no abarca toda la historia humana: el hecho salvador no se agota en su historia. ¿En qué condiciones el reto de la historia humana adquirirá los contornos de salvación, el verdadero futuro que se nos ha dado y manifestado en Cristo?

Parte 3.^a

El futuro se construye en el presente. ¿Qué implicaciones tiene para nuestro actuar presente el saber que sólo en Cristo se nos da el verdadero futuro? Tenemos que amar el presente, estar metidos en él, pero libres ante él sabiendo que el futuro salvador es siempre mayor que todo presente.

PARTE 1.^a: EL FUTURO YA SE HA DADO. EN CRISTO

Hay un principio teológico cuya importancia, aunque teóricamente reconocida, no siempre se ha puesto de manifiesto todo lo que fuera de desear en nuestra teología; es el principio de la «analogía fidei» que expresado de modo inteligible se

diría así: puesto que en Cristo Dios se revela de modo total y único al hombre y en El la historia de salvación cobra su sentido pleno, cualquier parcela de la historia salvadora, para entenderla en toda su profundidad, hay que referirla al *hecho* de Cristo. Admitido este principio, son claras dos consecuencias: por un lado, mientras mejor entendamos en su contexto cualquier faceta del misterio salvador más se nos iluminará el hecho de Cristo y, al revés: más profundizamos en el hecho de Cristo, más en su plenitud nos aparecerá cualquier otro momento o aspecto de lo revelado.

Concretando a nuestro tema: mientras más entendamos el misterio del hombre, de su historia, del sentido de su existir, estaremos más capacitados para entender el acontecimiento Jesucristo que, en revancha, nos devolverá las perspectivas últimas de lo humano.

¿Cuál es el misterio del hombre en la revelación?

1.—El hombre-imagen de Dios

Aunque sea de parca frecuencia y debido siempre a la teología del Sacerdotal, la expresión que mejor resume el misterio del hombre en la Biblia es la de «el hombre ha sido creado como (a) imagen y semejanza de Dios», afirmación que aparece en tres momentos importantes de la historia de los orígenes: en la creación (Gen 1, 26-27), en la primera descendencia adamítica (íd. 5, 1-3) y en la nueva descendencia de la humanidad purificada postdiluviana (íd. 9, 6).

Son conocidas las elucubraciones que, normalmente desde corrientes culturales extrabíblicas, se han hecho sobre estas palabras reduciendo con frecuencia la afirmación a esta o aquella función espiritual o moral del hombre. Habría que releerlas en su contexto cultural: en todo el Oriente antiguo la imagen era una manifestación y como una especie de encarnación de aquel a quien representaba, designando siempre una imagen plástica. Así, la estatua de un dios o de un soberano expresa su presencia real y su dominio sobre el lugar donde está emplazada.

Si el hombre es imagen de Dios, he aquí dos consecuencias inmediatas: a) el hombre es representante de Dios en la creación, es Dios hecho presente en la esfera de lo creado y b) el hombre, para ser lo que tiene que ser dentro de la creación, para no frustrarse tiene que mantenerse dentro de la esfera en que su representatividad cobra sentido, es decir: ni puede desvincularse de Dios ni debe intentar asaltar el mundo de lo divino.

Es todo el conjunto de lo que el hombre es lo que porta en sí esta tremenda dignidad que podemos explicitar en estos *tres trazos* fundamentales:

a) La primera característica del hombre con respecto a lo creado es su *autonomía*, incluso frente a Dios. El hombre es libre, aún su relación con Dios no está externamente fijada; ha de pasar a través de su corazón. Y, porque libre, responsable: puede ser interrogado sobre sus actos y tiene que responder.

b) El hombre es, además, establecido como *dominador de la creación* en este doble sentido: el hombre es dueño de la creación, toda la creación tiende hacia el hombre.

c) El tercer trazo es olvidado con frecuencia: «No es bueno que el hombre esté solo». Es mentalidad dominante en el Antiguo Testamento que la realidad primordial no está constituida por el individuo sino por el grupo, la relación del hombre con sus semejantes es básica en el entendimiento de la antropología bíblica. Hasta tal

punto es así, que la atracción sexual no es más que la afirmación primera, clavada incluso en la carne, de esta dimensión de «*ser-con-los-demás*» que es característica del hombre. La apertura a los demás no es, por tanto, primeramente una obligación ética; es una dimensión incluso de nuestro cuerpo.

Por todo esto no es extraño que el Pueblo de la Biblia, conocedor en profundidad de la experiencia del pecado, de la propia debilidad, de la existencia continuamente amenazada del hombre, a cuyos oídos podían haber sonado a blasfemia posturas de humanismo optimista, con todo no tenga más remedio que exclamar:

«Al ver tu cielo, hechura de tus dedos,
la luna y las estrellas que tú fijaste,
¿qué es el hombre para que de él te acuerdes,
el hijo de Adán para que de él te cuides?
Apenas inferior a un Dios le hiciste,
coronándole de gloria y esplendor;
le hiciste señor de las obras de tus manos,
todo fue puesto por Ti bajo sus pies» (Sal 8, 4-7).

2.—La imagen desfigurada

Es cierto, sin embargo, que no se agota en este optimismo real, sincero toda la visión antropológica de la Revelación. El hombre es también sombras, muerte, odio: es *pecado*. Hemos ya señalado anteriormente que el que el hombre sea imagen de Dios implica una afirmación de su ser de creatura y de la necesidad que tiene de mantenerse en su autonomía de creatura, si no quiere caer en una existencia de frustración. Este peligro lo constata como una realidad inscrita en todo hombre el Pueblo de la Biblia a través de su relación histórica con Dios. Y esta realidad constatada es la que refleja la historia de los orígenes referentes a la caída.

En nuestro concepto legalista y facilón del pecado, que con frecuencia pretende más ayudar a una práctica de confesionario que a comprender y superar la ambigüedad humana ante Dios, cabe difícilmente la fuerza de la revelación que de esta realidad nos transmite la Palabra de Dios.

1. El pecado es una actitud, que se manifiesta en multitud de actos, *personal* en toda la profundidad de esta palabra: surge de lo más íntimo de una persona y se refiere a otra persona, afecta a todos los entresijos de la existencia personal (su ser en el mundo, su ser con los demás, etc.). No es fundamentalmente la postura ante una ley sino un modo concreto de optar en una relación personal.

2. La opción concreta que supone el pecado es la de *desbancar a la otra persona*, a Dios. El hombre es Dios-en-el-mundo ¿por qué él no va a poder ser Dios? ¿por qué él no va a poder invadir la esfera de lo divino? El pecado pretende romper la relación —la de imagen— que da sentido último al existir del hombre en el mundo. El hombre sigue siendo lo mejor de la creación, pero no es más que una mera creatura lábil, mortal, angustiado en la búsqueda de un Paraíso que, por no aceptar como don, él mismo no acierta a construir. El pecado nos aparece como la tragedia de quien, por no reconocer como dádiva su riqueza, se sume en una pobreza inexplicable. La imagen se desfigura en sus trazos:

a) El hombre se niega a aceptar su relación de dependencia con Dios, la única que le da verdadera autonomía; su autonomía pierde verdadera consistencia: llámese del mal, de la carne, del demonio, de sí mismo el hombre es *esclavo*, hasta el punto de que se sorprende haciendo a veces no el bien que querría sino el mal que no quiere.

b) El domeñador de la creación se encuentra con una *Creación que se le resiste*: es víctima de su propio trabajo, sufre con su propio progreso, «vuelve al mismo suelo del que ha sido tomado», del que es solidario.

c) Por último, esa salida primera de sí mismo hacia el otro que es la sexualidad se convierte en una apetencia dominadora («hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará», Gen 3,16), la relación entre hermanos se hace lucha fratricida, se puede incluso pensar que porque Dios ha dejado de ser un Dios al que se acepta para convertirse en un Dios al que cada uno intenta hacer propicio a su propia causa. La dimensión de apertura a los demás ha quedado también dañada.

3.—El hecho de Jesucristo

¿Está el hombre necesariamente abocado a esa ambigüedad? No; al Pueblo de la Biblia se le descubre que no: que Dios se compromete de nuevo, de un modo totalmente gratuito para llevar al hombre a una situación de salvación. Esto es y significa la persona de Jesús.

Antes de entrar en este punto de nuestra reflexión me parecen necesarias dos advertencias:

1. Sobre la palabra «*salvación*»: nuestro vocabulario a este respecto se ha sofisticado enormemente. Decimos salvación eterna, sobrenatural, de las almas, hacemos consistir —o así lo expresamos— la realidad de salvación en una *visión beatífica*... El hombre de hoy se pregunta: ¿y merece la pena una salvación así? Ciertamente que no, le diría el hombre de la Biblia para el que el vocabulario de salvación es tremendamente, no voy a decir materialista, pero también materialista. Su vocabulario es realista y la realidad incluye también la materia. Baste recordar que «*yasha*», la raíz más usada en el Antiguo Testamento para evocar nuestro término, tiene un sentido de apertura (= «estar ancho») y que, ya que su uso normal oscila entre la voz pasiva y la causativa, significa «*liberación*». Así se comprende que a Israel la garantía de una salvación total en el futuro se la ofrezca el cumplimiento de una acción salvadora en el pasado tan realista como es la liberación de Egipto.

2. La segunda advertencia es que estamos habituados a considerar a Jesús sobre todo como una doctrina modélica (incluimos también su historia pero como conjunto de hechos-modelos para una ética cristiana) sin una relación histórica clara con el pasado —sólo como «*preanunciado*» por los profetas— ni con el futuro. No es de extrañar que nuestra cristología de manuales se reduzca, en gran parte, a una metafísica. Pero Jesucristo es sobre todo un momento —veremos de qué peso— de una historia salvadora que tiene un pasado y un futuro con respecto a El.

¿Qué sentido tiene, así considerado, el misterio de Jesús?

a) No es posible entender en toda su profundidad el hecho de Cristo prescindiendo del de la alianza bíblica. Si la alianza se puede decir una primera búsqueda del hombre por parte de Dios, que por la dureza de aquél se queda frecuentemente reducida a un monólogo divino que no encuentra corazones dialogantes, a una pre-

gunta sin respuesta, entonces el hecho de Jesús significa nada más y nada menos que un punto de la historia en que Dios ha «condescendido» tanto en su busca del hombre que llega a encontrarlo de un modo personal. Dios y el hombre son una misma realidad personal: Jesucristo. Dios dice su Palabra última; el hombre pronuncia su sí definitivo. El hombre, de imagen, ha pasado a ser hijo de Dios.

b) Si Dios y el hombre se han encontrado, es la «ecclesia», la convocación de Dios con los hombres, de los hombres entre sí. Por eso ya no hay griego ni judío, hombre ni mujer, esclavo ni señor. Y la existencia de Cristo puede ser descrita como una «misión» = un ser totalmente para otros. La autonomía y la apertura del hombre han sido recobradas y aun superadas en la total sumisión, en la plena obediencia.

c) La acción de Dios en Jesús supone también la superación de la historia como marco de finitud, como aspiración continua a un futuro que, cuando llega, se muestra siempre perecedero y vano. Jesús, resucitado, ya no muere; en El el hombre y todo su mundo han conocido cuál es su destino.

A partir de Cristo, por El y en la inteligencia de su misterio el cristianismo es necesariamente una escatología, está vuelto hacia un futuro del que ha conocido las primicias «porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros...» (cfr. Rom 8, 18-24a).

PARTE 2.ª: ESTE FUTURO SE HACE PRESENTE DONDEQUIERA QUE ACTUA LA CARIDAD

En Cristo, pues, se ha dado nuestro futuro, en El historia profana e historia salvadora han convergido: este es el «euangelion» que nuestra fe proclama. Pero es un dato de experiencia que entre historia profana e historia salvadora no ha habido una absorción; ha sido marcada la tarea, se nos ha manifestado su finalización. ¿Cómo nuestra historia se irá haciendo verdaderamente salvadora?

1.—Rehacer un hombre abierto a los demás

El primer quehacer que impone el hecho cristiano es el de un hombre cuyo centro de gravitación, cuyo punto de apoyo no sea él mismo sino el Otro. Y en este Otro están encerrados tanto Dios como los demás hombres, con los que El en Cristo ha querido identificarse. Ciertamente que una fe que llegue a ser explícita tendrá que identificar en el otro a Dios, pero no podemos decir que una salida auténtica hacia el otro, aunque no llegue a explicitarse, no sea fe. Y, al revés, una salida meramente afectiva o intelectual —de tipo religioso— hacia Dios no es fe cristiana.

a) La fe actuante así es la caridad. La grandeza de la caridad ha sido empuñada no poco por nuestro concepto de «virtud», a no ser que a éste le devolviéramos la pureza del griego «dúnamis» = fuerza. La caridad es una fuerza que se consume en la propia debilidad, una fuerza que tiene que impulsar todas las dimensiones de la existencia humana: es un modo de estudiar, la caridad es un modo de trabajar, es un modo de divertirse, es un modo de construir la convivencia humana mediante la política, es un modo de actuar el valor económico, un modo, en fin,

de acelerar la presencia de un mundo en que los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los que buscan la paz, los que son perseguidos por la justicia se digan bienaventurados. La caridad no es «obras de caridad»; es actuar en caridad.

b) Si la caridad es todo eso, ella exige una búsqueda constante y un respeto sagrado a lo concreto: al hombre tal cual es. No podemos olvidar nunca que en Cristo —y esta es la grandeza del hecho cristiano— ha sido Dios el condescendiente con el hombre y no al revés. Somos nosotros, como cristianos, los obligados hacia el hombre histórico, y no al revés. Difícil tarea para nosotros, sacerdotes sobre todo, estudiosos de una filosofía que, por perenne, ya no llega a decirnos nada, que por mediatizar la ciencia humana como «ancilla theologiae» hemos llegado a incapacitar nuestra teología para que pueda ser «ancilla hominis». A este respecto he aquí dos facetas de la realidad humana de hoy que hay que tener muy en cuenta:

—El hombre de hoy vive en interdependencia de dimensiones casi planetarias. Hoy día construir personas muy hechas, muy seguras pero cerradas —lo que se llaman «individualidades»— puede ser un pecado. La caridad exige hombres capaces de influir en esa red, para los que la dimensión social y política, el grupo, las instituciones no sean un lujo sino una dimensión elemental de lo humano.

—Precisamente esa interdependencia ha descubierto al hombre de hoy la pluralidad de lo humano. Un acicate para el restablecimiento y la educación de hombre libres, capaces a su vez de respetar la libertad de los demás.

Conjugar estos términos: socialización y pluralidad, interdependencia y libertad es tarea urgente del cristiano hoy; es la tarea de educarnos en el diálogo.

2.—Una creación cuyo centro sea el hombre

La nueva «creatura» nos tiene que llevar a rehacer —y superar— la vieja creación. Aquí residen, a mi entender, los principales fundamentos de una verdadera ascética cristiana.

a) Rehacer un *hombre libre* supone un hombre que se considere esclavo de un único Señor: el Otro. Porque, según se le ha revelado en Cristo, sólo en ello el hombre reconoce su salvación. Cristo ha venido a poner de manifiesto que todas las liberaciones están contenidas en una liberación única, la más radical: la liberación del pecado entendido en su sentido fuerte, tal y como nos ha aparecido en los primeros pasos de nuestra reflexión. Muchas veces vamos conformando nuestras conciencias con planteamientos estrechos de pecados pequeñitos e impedimos así el planteamiento total de esa gran liberación cristiana en que hay que perderlo todo para ganarlo todo.

b) Un hombre libre supone un *hombre dominador*. La técnica, esa capacidad para configurarse su propio mundo característica, del hombre de hoy, es un verdadero signo de los tiempos con que Dios nos llama hoy insistentemente. Pero un hombre dominador quiere decir un hombre conocedor, científico, capaz de ponerse humildemente al servicio de la realidad.

c) Por último, para tender a una «creación humana», hace falta un *hombre comprometido en el mundo*. Mucho se ha hablado en España estos últimos años sobre el «compromiso temporal», del que, cuando se ha llegado a dudar, parece que se tiene un concepto menor y como de transigencia. Merece la pena detenerse en este punto.

Sobre la palabra *compromiso* no creo que haya duda; se podría definir como «la presencia ineludible y actuante de cada persona en la historia».

La discusión viene más bien desde la vertiente «temporal». Si por tiempo entendemos, como nos tiene habituados la ciencia, «una dimensión uniforme y mensurable del universo» ¿qué duda cabe de que el cristiano —todo cristiano aislada u organizadamente— no sólo puede sino que debe comprometerse temporalmente, o sea: en este universo que es así y no de otro modo?

Pero por tiempo podemos entender, al modo platónico, lo que se define por oposición a la eternidad, cuya correspondencia bíblica sería la distinción entre «siglo presente» (= esta realidad humana ambigua donde muerte y pecado tienen todavía su imperio) y «siglo futuro» (= esa otra realidad grande, objeto de nuestra esperanza, cuyas primicias se nos han manifestado ya en Cristo). Entonces me parece también claro que al cristiano se le exige actuar en el tiempo pero no según los cánones del tiempo (siglo presente) sino según los del siglo futuro que, como hemos visto, se ha manifestado en Cristo. Por tanto, el compromiso de los cristianos tiene que ser temporal (terreno, en el tiempo, en el siglo presente) pero no puede ser según los cánones, los valores temporales; su compromiso ha de ser según la fe que actúa en caridad.

Todo compromiso, toda actuación —incluso de etiqueta a priori religioso-cristiana— sea de cualquier cristiano o de la jerarquía, que no busque su apoyo en el hecho cristiano y sus implicaciones sino en valores de «este siglo», aunque a los ojos de la carne tenga aspecto de triunfo, es un compromiso temporal que tiende —y surge de él— a construir un hombre y un mundo abocados a la vanidad, a la inconsistencia, incapaces de soportar la prueba del fuego purificador.

Tremendo aviso éste para todos nosotros: cristianos, clero, jerarquía, y toda la organización eclesiástica. Cuántas cosas no organizamos, cuántas instituciones no mantenemos sobre todo para demostrarnos a nosotros mismos o demostrar a los demás que existimos (nosotros, nuestra fuerza, nuestro inflo... realidades todas vanas, inconsistentes, incapaces de soportar la prueba del fuego purificador).

Si el cristianismo verdaderamente realizado es la síntesis, hecha cada vez, del mensaje del Evangelio y la fuerza del Espíritu por un lado y de la situación concreta por el otro, el compromiso de los cristianos es no sólo necesario sino *urgente* porque, como dice K. Rahner, «la bondadosa, la cristiana cristiandad con frecuencia da la impresión de ser una comunidad de hombres de ayer, que no llegan a tiempo, portadores del mero antaño, conservadores que, por los tiempos antiguos, llevan luto a posteriori».

Conclusión: *La Iglesia, servidora inquieta, en la evangelización, de una humanidad salvada*

La unión de esos dos polos: Cristo —donde Dios se nos revela— y el mundo, es la razón de ser de la Iglesia, presencia ya —sacramental— de salvación y aceleradora de una salvación mayor. Con razón se puede decir que la Iglesia no tiene razón de ser en sí misma; ella existe «en razón de» el mensaje evangélico y el mundo.

A la unión de esos dos polos es a lo que se llama evangelización, que la Iglesia ha de hacer de una doble manera interdependiente:

—Una: Anunciando la Buena Nueva y sus implicaciones en el tiempo presente. Esto exige por parte de todo cristiano una vuelta constante al «euaggelion» y, por otro lado, una atención rigurosa al mundo concreto que el Evangelio ha de convertir.

—Otra: La otra manera imprescindible también es construir un mundo evangélico, es decir: en el que primen los valores del Evangelio. Y esto no se puede conseguir bendiciendo, rociando agua bendita, sacralizando realidades humanas, etiquetándolas, en una palabra, cristianamente. Una familia no es cristiana porque los niños que nacen son enseguida «cristianados», porque se cuida de que a los siete años los niños se acerquen al Sacramento del Altar, sino porque —y sólo cuando— los reiles de la comunidad familiar están orientados sobre una primacía de los valores evangélicos. Una política no es cristiana porque este apelativo sea su etiqueta o porque sus gobernantes comulguen —que de todos modos la política no puede comulgar— sino porque y sólo cuando en su intento y gestión política priman los valores evangélicos. Un clero no es cristiano por el simple hecho de que sea «clero», sino porque —y sólo cuando— toda la organización de su existir está, según el pensar del Evangelio, en función de la comunidad que es su razón de ser...

Anunciar el Evangelio y hacer un mundo evangélico: esta doble forma de evangelización pertenece a toda la Iglesia. Una parte de la Iglesia podrá especializarse en una u otra de las formas como función propia; de todos modos será siempre la comunidad cristiana la que, de una forma o de otra, evangeliza. Y nunca las distintas funciones pueden desconocerse entre sí.

PARTE 3.^a: EL FUTURO ES SIEMPRE MAYOR QUE EL PRESENTE

A partir de todo lo anteriormente reflexionado ¿cuál ha de ser la postura cristiana ante el presente donde, en germen, está el futuro?

Se trata en realidad de unas conclusiones a lo anterior. En resumen se puede decir que la vida cristiana en el presente está caracterizada por una tensión entre un «ya» y un «todavía no», lo que implica:

1. Que la salvación acontece ya ahora, bajo la libre aceptación humana, en todas las dimensiones del exterior. Por qué y en qué condiciones ha ocupado la primera y segunda parte de nuestra reflexión.

2. Pero que, por otro lado, somos conscientes de que la salvación absoluta no se da en el tiempo. Porque la salvación no es sólo un producto nuestro; es un don: Dios mismo que, en Cristo Señor, se nos dará totalmente.

El hecho de Cristo, pues, radicaliza la historia pero trascendiéndola constantemente, relativizándola. De aquí tres notas que han de ir implicadas en todo actuar cristiano:

- a) La primera la podemos ver en ese Pablo que, después de años de trabajo, confiesa a los Gálatas que sube a Jerusalén «para saber si corría o había corrido en vano». Es el cristiano en continua revisión, libre ante su propio actuar, capaz siempre de dejarse fustigar y purificar por el hecho de Cristo, el único futuro consistente.

- b) Si el cristiano sabe que el futuro está siempre más allá, no puede quedarse tranquilamente dormido sobre la obra hecha; tiene que estar abierto hacia adelante, hacia el futuro. Baste, para esto, mirar al judío acérrimo Pedro dispuesto a aceptar al romano Cornelio y a dar a la primera comunidad un viraje para él insospechado.

- c) En estas condiciones no hay por qué tener miedo al riesgo; es más, el riesgo es necesario. Atreverse al riesgo es confesar prácticamente que nuestra seguridad

no la esperamos de nosotros, es confiar en el Señor. No sea que por temor al riesgo se nos vaya a acusar un día de haber malusado una moneda, la del Evangelio, cuyo destino no es la conservación sino el producir incluso a costa de que se desdore. ¿No corre el peligro de estropearse la levadura que se mete en la masa o el de no crecer el grano que se entierra?

La comunidad cristiana tiene que vivir en este riesgo, esta ha de ser la tensión de su existir. Y aquí encuentra sentido su oración la más pura: «Que tu Reino nos venga... Maranatha, ven, Señor Jesús, ven». Sólo así, en la oración que surge de la esperanza, obtenemos la respuesta segura del Señor: «Sí, pronto vendré».

NOTA BIBLIOGRAFICA

- Concilio Vaticano II: «Lumen Gentium», cps. I y VII.
- «Gaudium et Spes», cps. I (1.^a p.).
- VON ALLMEN: *Vocabulario Bíblico*. Marova.
- LEON-DUFOUR: *Vocabulario de Teología Bíblica*. Herder.
- BAUER. *Diccionario de Teología Bíblica*. Herder.
- VAN LIER: *La edad Nueva*. Marfil. Alicante.
- El mundo y la Iglesia en el futuro*. Vol. Col. «Estela». Sobre el art. de CONGAR: «El porvenir de la Iglesia», p. 281.
- RAHNER, K.: *Escritos teológicos*. Taurus, T. V.:
 - «Historia del mundo e historia de la salvación», p. 115.
 - «El cristianismo y el hombre nuevo», p. 157.
 - «La cristología dentro de una concepción evolutiva del hombre, p. 181.
- Mission et Grâce. Au service des hommes*. Ed. «Mame». Cap. V: «Avec l'humanité en marche».
- BARAUNA, G: *La Iglesia en el mundo de hoy*. Studium., cfr. sobre todo:
 - LYONNET: *Fundamentos bíblicos de la Const. Past.* «Gaudium et Spes», p. 227.
 - TILLARD: *La Iglesia y los valores terrenos*, p. 247.
- Cfr. También las diversas teologías de la historia: CULLMANN, VON BALTHASAR, J. MOURoux, DANIELOU.

Daniel Romero